

Los anhelos de mi abuela

Huitzilli Blanco

La noche pinta las calles de gris azulado. El invierno y el astro nocturno dan a las banquetas de la calle 9 un aspecto desgastado, casi enfermo, pálido de luna y endurecen las sombras largas de las lámparas que habitan la sala de Mariana. Son casi las ocho y las caricaturas llegan a su fin. Javier se ha dormido y Mariana lo carga con cuidado para acostarlo en su habitación.

Las sombras de las agujas de tejer bailan sobre las losetas a la mitad. La otra mitad se desliza en vaivén sobre el vestido blancuzco de la abuela. Ella teje mecánicamente y de memoria sin prestar atención al estambre, sus ojos están fijos en su hija que camina despacio hacia el cuarto de su nieto. La oscuridad helada del invierno envuelve la sonrisa extraña de la abuela que se disimula apenas con el constante ir y venir de sus arrugadas manos. La pequeña figura de Mariana desaparece de sus pupilas cansadas y los recuerdos se aglutinan en su pecho con espectacular lucidez: la frescura de su juventud, el sueño en bicicleta, las flores marchitas. El ombligo estirado y las estrías, los dolores, los lloriqueos. Las rejas de la escuela rechinando a sus espaldas por última vez. El reloj y sus manecillas indecisas que corrieron a veces y que muchas otras se pasmaron y avanzaron despacio, tan lento.

Durante la tarde los inquietos piecitos de Javier correataron y tropezaron por la casa incesantemente. El eco de sus zapatos diminutos y su vocecita chillona e infantil rebotaba en los oídos de su abuela, quien le seguía sus juegos, lo tocaba y lo veía con paciencia, un poco aburrida, esperando a que dieran las seis y Mariana volviera del trabajo para relevarla de su cargo obligatorio de niñera. El contraste entre sus ojos y los

de su nieto era desproporcionado. Los de él inocentes y brillantes; llenos de curiosidad, de deseos, de risas; los de ella secos, viejos, arrugados; oscuros. La sorpresa se había lavado con las lágrimas jóvenes, con las maduras y después con las viejas; más saladas.

Javier se parecía a Mariana cuando era pequeña y medía no más de un metro. Su hija era escandalosa y tierna, con una energía interminable que terminaba rápidamente con su paciencia. El recuerdo de Mariana torcía la sonrisa extraña y oscurecía aún más los ojos de la anciana.

Sus manecillas indecisas corrieron a veces, muchas otras se pasmaron, avanzaron tan lento.

Tan lento como a las ocho de esa noche. El tejido estaba ahora sobre la mesita de centro y su lugar lo ocupaba una almohada suave e hinchada hasta los bordes con algodón que sentía el abrazo de unos dedos duros y torcidos. Impacientes.

La puerta angosta al final del pasillo, junto a la escalera se abrió por fin y se cerró de nuevo con cuidado. Mariana volvió a la sala con su madre quien respondió a sus preguntas con un tono frío y monótono, con desdén:

_ Sí, se ha portado bien...

_ No, todo ha estado tranquilo...

_ Te llamó Andrea... ¿qué? ... no ella llamará mañana.

Fruta y leche. Mariana lavó los trastes de la cena. La abuela acariciaba la almohada con vehemencia mientras la silueta de su hija entre sus pestañas le daba las buenas noches y

le sugería no desvelarse mucho, sus ojos no veían como antes... sus manos no respondían muy bien... estaba vieja... le haría daño.

El chasquido que la puerta de su hija hizo al cerrarse fue el último ruido. El vestido claro relucía en la gris negrura que colmaba el departamento. La respiración se aceleró de pronto y la ansiedad se apoderó de sus pies que querían salir corriendo, veloces. Despacio y con trabajos la abuela se levantó de su silla con la almohada sobre el vientre y caminó por el pasillo. Se detuvo un instante frente a la puerta del cuarto de Mariana y sonrió sin dientes, caminó hasta el final. Sus uñas largas, tías y amarillas rechinaron suavemente en la manija de la puerta angosta. Con pasitos cortos y un poco torpes la abuela avanzó en la oscuridad hasta la cama de Javier que dormía tranquilo tapado hasta la cintura, tal como lo había dejado Mariana momentos antes, con un beso en la frente y una mirada llena de ternura. Ello lo miraba como su madre debía haberla mirado, lo abrazaba como una madre debe hacerlo; aunque su historia fuera distinta. Ella lo haría bien.

Se detuvo a un costado de su nieto y lo miró un rato; sus pestañas largas y sus cortos dedos rechonchos. La sonrisa de la abuela descubrió unos cuantos dientes sucios y torcidos. Con cuidado recargó la almohada sobre el cuerpo del niño cubriéndolo desde el rostro hasta las rodillas y presionó firme y metódicamente. Los pies callados de Javier brincaron unos segundos solamente antes de dormirse de nuevo.

La abuela se alejó tanteando la pared, respirando sonriente y agitada, la puerta se abrió y cerró obediente y callada.

La oscuridad pinta los más hermosos sueños, o los más extraños, dementes, duros.

La noche pinta las calles de gris azulado.

Huitzilli Blanco